

EDITORIAL

Un año... 25 años ya

Sociedad de Consumo

Paula Cabido



Otro año más. Doce meses de luchas, unas saldadas con triunfo, y otras aún abiertas. 365 días en campaña, conflicto tras conflicto. Y tras estos once números, aquí estamos de nuevo, echando un vistazo a las secciones de laboral de estos meses para hacer un pequeño balance sindical, ver qué tal nos ha ido, e inmediatamente después seguir nuestro camino hacia el horizonte.

Comenzábamos 2008 en lucha contra los Ayuntamientos en Madrid y Barcelona. En Madrid la pelea era en limpiezas del Metro, pronto ganada con un buen acuerdo. Desde CGT avisamos que estaríamos vigilando para asegurarnos de que se cumple. En Barcelona, huelgas en los autobuses urbanos para conseguir, entre otras cosas, dos días de descanso semanal. Tras una dura lucha, se alcanzó un acuerdo victorioso en abril, pero el pasado mes de diciembre parecía resurgir ante la amenaza de sanción a dos compañeros por denunciar el abuso de un mando.

En el número de abril, el transporte sigue siendo noticia: esta vez eran las empresas andaluzas las que estaban en lucha, llegándose a un acuerdo en Comes. El lema del 1º de Mayo de este año: "Dignidad y lucha". Ese mismo mes, el Sector Ferroviario se concentraba frente al Ministerio de Fomento, terminando mayo con una huelga en Telefónica y una multitudinaria manifestación en Madrid.

Antes de irnos de verano, la Generalitat daba la razón a la CGT ante el ERE planteado por SEAT y el sindicato denunciaba el proceso privatizador de la sanidad pública madrileña. El verano fue movidito, con las sanciones y despidos a los compañeros de Telefónica, el encierro de militantes de CGT en la T-2 de Barajas, el traslado del Hospital Puerta de Hierro y una victoria importante en la empresa de autobuses andaluza Portillo.

Los últimos meses han visto también noticias destacadas: la denuncia por parte de la

Confederación General del Trabajo de la vulneración de los derechos a la intimidad y a la libertad sindical por parte de la Comunidad de Madrid al difundir un video señalando a compañeros durante una protesta en el nuevo Hospital Puerta de Hierro, el rechazo de la Confederación a las "reestructuraciones" en Telefónica o el Grupo Gas Natural que, cómo no, suponen trabajadores de patitas en la calle, o las más de 20.000 personas que salieron

a la calle en noviembre en Madrid para defender la sanidad pública.

Y a finales de septiembre, con las Jornadas "Una realidad de lucha y compromiso contra la crisis del capital", arrancaba nuestra campaña contra la crisis, que engloba varias campañas, como la de defensa de los servicios públicos, la campaña para una Iniciativa Legislativa Popular contra el despido libre o la campaña contra la Directiva europea de las

65 horas, rechazada finalmente por el Parlamento Europeo, pese a lo cual nuestra lucha continuará hasta conseguir lo que desde la Confederación reclamamos: la semana de 35 horas sin recortes salariales. La campaña de CGT contra la crisis capitalista ha tenido un punto álgido el 3 de diciembre con la concentración frente al Ministerio de Trabajo, en la que 1.500 confederales han dejado claro al Ministro lo que pensamos.

Y muchísimas luchas más: en Correos, Telemarketing, Metal, Mar y Puertos, Administración Pública... En todos los sectores y en todos los territorios. Toda la CGT.

Un año más... y ya llevamos veinticinco. Sí: el periódico que ahora mismo tienes en las manos nació en Málaga, en enero de 1984. Fue financiado con el dinero que el Sindicato de Sanidad de Málaga sacó el año anterior en la caseta de la Feria de esta ciudad mediterránea. Eran tiempos difíciles para la Organización. El nacimiento de *Rojo y Negro* responde a un anhelo de unidad: nace para convocar el Congreso de Unificación. Se editaron unos cuantos números, en formato sábana, en los que se publicaban artículos de los dos sectores. Tiempo después, en 1989, ya con lo que hoy es CGT, es recuperada la cabecera para dar nombre al órgano de expresión de la Confederación, el mismo que estás leyendo ahora, 25 años después.

Y esto hay que celebrarlo. Ya desde este número podéis ver una nueva sección titulada "Decíamos ayer", en la que rescatamos artículos especialmente significativos. Además, estamos preparando un cuadernillo especial de ocho páginas con colaboraciones y entrevistas con anteriores directores y un repaso de estos 25 años. 25 años, como dice el compañero Rafael Cid en un artículo que aparecerá en el mencionado cuadernillo (tan acertadamente que nos hemos permitido expropiarle la frase para usarla como lema), siendo "la voz plural de CGT".

Vamos a comenzar este análisis de la supuesta "crisis del capitalismo" sin anclar los conceptos en una avalancha de números. Finalmente, detrás del volumen inmenso de recursos que se robó -y sí, la palabra correcta es robar- existe un sistema de ideas operando sobre un conjunto de reglas informales y formales. Cualquier trabajador que encara ocho horas por día de jornada, más una hora de ida y otra de vuelta del puesto de trabajo, se escandalizaría con la base moral del capital, y en especial del capital financiero. Todo pensamiento de izquierda concuerda que existe una apropiación de la fuerza de trabajo. El sistema salarial es eso en esencia. Esta idea atraviesa la historia de las luchas clasistas, y en esto estamos de acuerdo todos, tanto los reformistas clásicos, las variaciones de marxismo economicista, los marxistas heterodoxos y el conjunto de las corrientes y propuestas anarquistas.

Lo que la mayoría de las otras ideologías de izquierda no entiende, o no concuerda con el punto de vista libertario, es el papel del Estado en el neoliberalismo. Sí, tenemos acuerdo en que el ente estatal existe como un reflejo de una conformación de clases dominantes sumada con elites dirigentes. Pero, en la etapa llamada neoliberal, iniciada con la dictadura de Pinochet en Chile (1973), con la victoria electoral de Margaret Thatcher en Inglaterra (1979) y de Ronald Reagan en los EUA (1980), el papel del Estado cambió. Hoy ya no existe sociedad occidental sin la lucha y la defensa de derechos. El derecho está por encima de la ley y es fruto de conquistas de la lucha de los pueblos. En cualquier sociedad

El papel del Estado y de la lucha por derechos en el Capitalismo Neoliberal

BRUNO LIMA

que no sea socialista libertaria, tendremos que organizarnos para garantizar y avanzar en los derechos a través de la dura pelea. Su reglamentación legal es consecuencia de la correlación de fuerzas de la clase oprimida y del pueblo en lucha. La larga marcha por derechos expandió la idea de democracia, sobrepasando los límites de la democracia burguesa y de mercado.

Hoy el Poder Político está más allá de un comité de garantía de los privilegios de las clases dominantes. Infelizmente decimos eso, porque en el Estado mínimo del liberalismo del siglo XIX y hasta la década de 1930, "la cuestión social era un caso de policía". El reflejo de esa opresión de las masas trabajadoras, sin haber casi derecho alguno viviendo "en democracia", llevó a una escalada de lucha de clases nunca antes vista en la historia del occidente. Después de la Crisis de 1929 y la 2ª Guerra Mundial, hubo una nueva concertación de las economías capitalistas. No podemos olvidarnos de que había organización de clase, intencionalidad de ruptura y una serie de países que vivían bajo el Capitalis-

mo de Estado (Bloque Soviético, China y sus disidencias). En América Latina, pensar en revolución social era algo visible. La bipolaridad (Guerra Fría), las luchas sociales en el capitalismo de posguerra y el riesgo de revolución en los países del sur de Europa, obligan al pacto de garantía de derechos a los "ciudadanos" de occidente.

El neoliberalismo es, en suma, la derrota de estos derechos mínimos. Su justificación es una creencia absurda en conceptos fantasiosos como "auto regulación de los agentes económicos", "libertad de emprender sin límite", "expansión de las potencialidades individuales" y una "acumulación de riquezas materiales e inmateriales sin fin". ¿Dónde estaba la riqueza acumulada en el Occidente capitalista? No había país alguno viviendo de forma socialista y libertaria, por lo tanto, no había economía sin intervención estatal. La creencia de los llamados desarrollistas, de los defensores del Estado de Bienestar social -pacto de clases que contó con el apoyo de los socialistas reformistas y de todos los partidos comunistas de línea soviética- era en la

regulación social a través del Estado. La creencia de la izquierda no-revolucionaria era la composición de fuerzas mediante la ocupación de cargos y vacantes en el poder político burgués para incidir sobre esta regulación. Hoy nos encontramos en gran medida en esta posición defensiva porque tenemos que defender los derechos del pueblo, conquistados durante la posguerra hasta la década de 1980.

La reacción dentro del capitalismo triunfa primero con la victoria de los economistas formados por Milton Friedman en la Universidad de Chicago, aliados a los militares golpistas de Pinochet y con el apoyo directo de la CIA y del Departamento de Estado, sumado a la interferencias de transnacionales como la AT&T. Mientras se torturaba en el Estadio Nacional y desaparecían militantes en tumbas clandestinas a los pies de los Andes, los alumnos de Friedman, conocidos en Chile como "pirañas devoradoras", elevaban el desempleo, destruían el sistema de seguridad social y acababan con el poder de compraventa de los salarios. Todo eso se dio ocupando

puestos-clave en el Estado burgués bajo dictadura. O sea, ocupando el Poder Político para garantizar un sistema de creencias. Por el rigor de la "economía" como sistema de cambios, servicios y planificación, el método neoliberal es inviable.

El neoliberalismo lleva al caos social, lo que no significa revolución social. Éste es otro concepto que los economicistas no entienden porque su sistema de ideas no lo permite. Ningún sistema de dominación se autodestruye, ni gobierno alguno cae de podrido. Un sistema tiene que ser destruido y sustituido por otro. Un gobierno se derrumba, modificando el derecho de mando y las instituciones para ejercer este derecho. Por eso es por lo que no existe crisis capitalista: porque el capitalismo genera sus crisis, y cada crisis que genera, en vez de autodestruirse, sale aún más fortalecido. Por eso es imposible pensar en revolución social a través del Estado Capitalista.

Porque este ente, por más complejo que sea, por más que garantice algunos intereses públicos, es instrumento de dominación y no puede ser reconvertido. Para asegurar los derechos de las mayorías y modificar el campo de las relaciones económicas es necesario un Poder Político que emane del pueblo: el Poder Popular. Para ejercer este poder de forma que amplíe la democracia a su límite, garantizando que las decisiones estratégicas de una sociedad pasen por amplio debate y deliberación universal, es preciso crear reglas e instituciones sociales de participación popular. No hay democracia centralista, así como no hubo gestión obrera en la antigua URSS si la clase vivía bajo régimen de producción fordista.

El grosero silencio de los sindicatos mayoritarios

JUAN ANTONIO GONZÁLEZ

El paro vuelve a subir por octavo mes consecutivo, los ERE'S se multiplican por la geografía del estado español, y mientras, los estados y gobiernos del primer mundo se afanan por salvar a sus grandes bancos y corporaciones financieras para mantener a flote el sistema que les permite seguir ostentando sus altas cotas de poder. La crisis que está viviendo "su invento capitalista" se ceba mientras tanto con los obreros. Es la gente de a pie, de la calle, la que va a sufrir las consecuencias. Las condiciones laborales, que desde hace años vienen sufriendo una degradación progresiva, con la excusa de la crisis, se van a ver aun más mermadas. Los patronos van a presionar intentando reducir costes abaratando salarios y despidiendo trabajadores. La desesperación de aquellos que se encuentren en la calle les llevará a aceptar condiciones que en otros tiempos hubieran sido inaceptables. Otros muchos, a fin de conservar sus empleos, accederán a ver reducidos sus salarios, con más horas de trabajo y perderán muchas de las mejoras laborales que hubieran logrado en los últimos tiempos. Muchas de las reivindicaciones laborales conseguidas a base de sudor y sangre a lo largo de años de lucha se pueden ver reducidas a la nada. Como ejemplo baste mencionar que

ya andan por ahí algunos del PP pidiendo que se elimine la imposición del salario mínimo interprofesional, que ya de por sí es lamentablemente bajo. Realmente deleznable.

La atomización de la clase obrera a través de un fenómeno entendido enormemente en los últimos años, "la subcontrata", así como el recrudescimiento de los trabajos basura, han supuesto nuevos mecanismos de defensa del sistema frente a la fuerza que supone la unión de la clase obrera. La cosa se pone ahora más negra todavía, y el trabajador necesita a toda costa de su mísero sueldo para sobrevivir y siente además que no tiene fuerza para enunciar de forma productiva y sensata sus reivindicaciones.

Los sindicatos permanecen pasivos ante el nuevo panorama que se está dibujando en la actualidad. Es más, cuando han hablado ha sido para decir cosas tan execrables como las declaraciones vertidas a finales de octubre por el señor

Fidalgo, secretario general de CCOO, que en referencia a la reunión del G-20 en Washington ha comentado que "el capitalismo no se puede refundar porque ya está fundado", y ha añadido para sorpresa de muchos que lo que hay que hacer es "fortalecer las instituciones del gobierno mundial de la economía". Qué puede esperar un trabajador de los sindicatos mayoritarios si uno de sus máximos dirigentes realiza este tipo de declaraciones, ya se lo digo yo: nada.

Un sindicato debe hacer un trabajo diario, de calle. Pasarse por las empresas, por todas, atendiendo no solo a los trabajadores de las grandes, sino también a los que estén empleados en pequeñas y medianas empresas, donde el trabajador se encuentra aun más desamparado si cabe. Debe recordarle a los trabajadores qué son y qué derechos les amparan, hacer que noten el respaldo claro de las fuerzas institucionales y sindicales de la clase trabajadora, y

conseguir que se sientan con fuerzas para no permitir ni un segundo más la explotación brutal y sangrante a la que se ven sometidos ante la grosera pasividad de sus gobiernos, que permiten al patrón todo tipo de atrocidades salariales y laborales, que ahora con la crisis van a verse acentuadas.

Pero hoy día, como demuestran las desafortunadas palabras de Fidalgo, esto parece que no es más que un imposible, ya que los sindicatos han dejado de estar al servicio del trabajador para convertirse en un elemento más de la lucha por el poder. Han dejado la mano del obrero para lamer incesantemente la de aquellos que los alimentan. La lucha ya no está en la calle, en la concienciación de los trabajadores o en la Huelga General. Ahora, su lucha, la de los sindicatos, ha quedado reducida a mediar para aplacar los enaltecidos ánimos de la clase obrera. Se han convertido, como lei una vez en un acertado artículo,

en "Bomberos" que luchan por la paz social.

La crisis de identidad que está viviendo la clase proletaria es brutal, y se debe en gran parte a todo lo expuesto. Esta situación es permitida por los sindicatos, que se han plegado al poder político y siguen los dictámenes de los nuevos chamanes del sistema, los economistas. Los currantes ya no son obreros, proletarios o trabajadores, son simple y llanamente "Recursos humanos" de los que el empresario puede disponer a su antojo.

A pesar de la situación actual, tanto los sindicatos como los partidos siguen en silencio. Los movimientos espontáneos nacidos al calor de los desmanes del capitalismo me hacen albergar más esperanza de cambio que las instituciones "oficiales" de la izquierda. Todo este panorama me lleva a pensar que la única posibilidad para que el cambio llegue es la labor lenta de concienciación de la clase trabajadora que llevan a cabo agrupaciones anónimas de personas desde todos los medios posibles. Hay que confiar en ellos y en los colectivos que a nivel local trabajan con y por la gente, consiguiendo pequeñas conquistas, que son pequeñas pero son reales, y hacen ver a todos aquellos que participan de ellas que se puede, que otra forma de funcionar y de sentir las cosas es posible.

Estoy en contra de todo tipo de violencia. Aquí la tienen ya: la condena de rigor, aunque sé que este aviso no valdrá para contrarrestar las intenciones de criminalizar a todos lo que rechazamos el pensamiento único que imponen los grandes altavoces del poder, de ese poder que es, y ya es hora de que alguien lo diga, violento por naturaleza. Ustedes nos llaman radicales antisistema; violentos, por supuesto. Ustedes, los que bombardean por petróleo y sacrifican en el altar del hambre a millones de personas porque así lo exige su dios, el libre mercado.

Todo lo que voy a decir es exclusivamente mi opinión, la de una persona que ahora no se representa más que a sí misma. No escribo como activista o militante de ninguna causa. Esta es sólo mi voz, la voz de una persona que está orgullosa de estar radicalmente en contra de ustedes, los violentos.

Lo que está sucediendo en Grecia, en Europa, en todo el mundo, no es un mero exabrupto incontrolado de grupos marginales y violentos. Lo que está sucediendo es que estamos hartos de ustedes. Ustedes son los políticos y los grandes empresarios, unidos en un excelente maridaje que defiende siempre los mismos intereses, los intereses de las clases más poderosas, ante una inmensa mayoría de la sociedad que asiste de forma pasiva a su propio saqueo. Pero nosotros no nos conformamos. Queremos un cambio, y nos atrevemos a pedirlo. No somos antisistema, somos el futuro. Y lo queremos expresar de forma pacífica y organizada. Tenemos la razón, y queremos construir un mundo mejor a través de la razón. Pero eso no les interesa a ustedes. Sus cámaras de televisión nunca están donde deben. Ustedes quieren sangre. Por eso la muerte del joven griego no será la única. Ya se han producido muchos casos. Otra "muerte accidental de un anarquista" más.

Ustedes, los verdaderos violentos

DANIEL JIMÉNEZ



La violencia me repugna. Jamás he mostrado ninguna actitud violenta en las manifestaciones a las que he acudido. Como yo opina la inmensa mayoría de la gente que prefiere pasar las tardes reclamando justicia en las calles a disfrutar de la comodidad del sofá o del centro comercial, lugares en los que siempre están los ciudadanos modélicos de esta mentira. Pero no se preocupen, aunque la mayoría de los manifestantes sea pacífica, ustedes ya se encargarán de buscar a los cuatro o cinco que no lo sean. Y si no encuentran lo que buscan, ustedes mismos se ocuparán de traerlos. Hace poco lo pude leer en un manual que estudian los aspirantes a policías. Los que se supone que serán los defensores de la

ley y del orden. Decía este manual que en Barcelona, en la movilización contra el Banco Mundial de 2001, se infiltraron policías entre los manifestantes para reventar el acto. Si no existe la noticia que ustedes quieren, se fabrica. Así son de repugnantes.

Estoy en contra de la violencia en todas sus acepciones. El problema es que ustedes han pervertido el significado de las palabras. No quieren cambiar las injusticias porque ustedes las han creado. Pero sí les interesa manipular el lenguaje para acabar con el pensamiento crítico e impedir la disensión. Ustedes nos quieren confundir y manipular. Y esto también es violencia. La primera acepción del adjetivo violento lo deja claro. Violento es, según la

RAE, lo que "está fuera de su natural estado, situación o modo". La violencia no es sólo una agresión física, como quieren hacer ver. Es lo que pervierte el orden natural de las cosas. Violencia también es condenar poco menos que a la exclusión social a mi generación y a los que vienen, impidiendo que podamos disfrutar de una vida digna. Violencia es convertir el trabajo en mercancía y a las personas en activos financieros, en números a cuadrar con el beneficio. Violencia es explotar al Tercer Mundo a costa del chantaje de la deuda externa, del saqueo de sus materias primas y del hambre que fomentan por viles intereses.

Los niños soldado de Sierra Leona van a la guerra con armas especialmen-

te apropiadas por su poco peso. Esas armas se fabrican en nuestro Primer Mundo. La ropa de marca que llevan las hijas de ustedes también procede del Tercer Mundo, y es fabricada por otras niñas en condiciones infrahumanas. Ustedes se escandalizan cuando estalla un terrorista palestino allá lejos. Y cuando es aquí el lugar en el que estallan trenes o grandes torres, ustedes responden bombardeando a niños en esos lejanos países, mientras siguen hablando de la "barbarie terrorista". Ustedes, los que siempre se escandalizan y condenan la violencia de forma solemne, mientras observan, satisfechos, cómo suben las acciones de la empresa de telecomunicaciones en la que han invertido, gracias a una cosa que se llama coltán, con la que se fabrican móviles y genocidios a la vez.

Estamos en un momento de la historia en el que, por primera vez, tenemos los medios necesarios para erradicar la pobreza en todo el mundo. Pero ustedes no quieren. No quieren porque son unos violentos que defenderán sus privilegios a cualquier precio. Siempre habrá dinero para salvar a sus amigos, pero jamás para impedir que un niño muera de hambre. Por eso no escuchan, por eso prefieren criminalizarnos y llamarnos violentos a los que luchamos contra la violencia que ustedes promueven. Y si la criminalización de la disidencia no basta para desactivarnos, siempre quedará una bala en la recámara. Sabemos que no gastaron todas con Grigoropoulos. También sabemos otras muchas cosas, y las pensamos decir. Se ha terminado el tiempo del silencio y de la mentira. Ahora es el tiempo de la verdad, y ésta es la primera: ustedes son los antisistema, los que son incapaces de defender nada que no sea su propio enriquecimiento. Son ustedes los que no quieren que la humanidad camine junta. Pero ya han fracasado, porque a pesar de todo vamos a caminar.